

cautiva de sus gracias, de su talento, de su afabilidad. Solo Luisa estaba despierta contemplando la realidad de su desgracia. Los primeros vivian porque soñaban; la segunda moria de amargura porque habia despertado ya.

En aquel momento, la música anunció un wals: los jóvenes corrieron á sacar sus pañuelos; el dueño de la casa invitó á bailar á Luisa, que admitió en el acto; Fernando, y varios de su comunión política, se quedaron sentados hablando en voz baja de asuntos políticos, y mientras el salon presentaba el aspecto de un eden de delicias, Enrique buscaba por los cafés, por el teatro, por todas partes á su amigo Miguel.

### CAPITULO XXIII.

#### El baile de posadas.

Acababa de concluir el wals, y Luisa, prestando calor y deseo de recibir el aire, suplicó al dueño de la casa que habia bailado con ella, tuviese la bondad de sentarla enfrente á la puerta que servia de entrada al salon. Pero no era el calor ni el deseo de gozar del grato ambiente, quienes formularon aquella súplica, sino la inquietud con que esperaba la vuelta de su hermano Enrique; y si la esperanza es el consuelo de los desgraciados, el esperar es la agonía de todo el que padece y el tormento de los que se creen felices. Le parecia que, teniendo fija la vista en el sitio por donde debia entrar el objeto anhelado, llegaria mas pron-

to; y preocupada con esta idea, tan comun en la criatura humana, apenas acertaba á apartar los ojos del ancho corredor, para dirigirlos de vez en cuando, á las personas que le dirijian la palabra.

En aquel momento, como es costumbre en México en todo baile de posadas, se presentaron en la sala dos criados de la casa, conduciendo cada cual un rico azafate con primorosas cajitas chinescas de marfil con delicadas labores y calados, dentro de las cuales se encerraban exquisitos dulces.

A cada uno de los convidados fué regalando el dueño de la casa una de las expresadas cajitas.

Terminado este galante obsequio, indispensable en tales fiestas, se presentaron los mismos criados, seguidos de otros tres, unos con exquisitos helados, otro con delicados pastelitos y bizcochos, y los restantes con brillantes copas de generosos vinos, recorriendo todas las localidades, para que los que no querian molestarse pasando á la antecala á refrescar, tomasen lo que mas apeteciesen sin moverse del salon.

Del número de éstos fué Luisa, que, cuidadosa de la llegada de Enrique, no queria separarse del sitio que ocupaba.

—¿Y en dónde se ha escondido su hermano de vd?—Dijo acercándose á ella el mismo jóven que vimos antes dirijirle la palabra. —No le he vuelto á ver en toda la noche.

—Ha tenido que salir á visitar á un amigo.

—¿Es decir que volverá?

—Espero que sí.

—¿Y piensa vd. venir las nueve noches?

—Segun disponga mi esposo.

—Me alegraré que venga vd. á embellecer la fiesta.

—Mil gracias.

—Mañana le toca la posada al ministro R. que, como sabe vd., es hombre franco y rico, y espero que será espléndida.

—La de hoy me parece muy buena.

—Sin duda, pero ya sabe vd. que cada uno procura exceder al que le ha precedido, y si hoy ha empezado con cajitas de marfil, no será difícil que acabe con canastillos de plata (1).

(1) No hay en esto ninguna exageracion; posada he vis-

—Así lo creo.

—Para mí no hay época mas agradable que la presente. Por todas partes no se oye mas que música, cohetes, canto y agradable bullicio.

—Como que tengo entendido que solo aquí se celebran las *posadas*.

—Sin duda: es una costumbre nacional, enteramente mexicana.

—Que la practican todas las clases de la sociedad.

—Desde la mas opulenta hasta la mas humilde; desde la alcoba de dorada techumbre, hasta la triste accesoria de carcomidas

to yo en la calle del Empedradillo, en que se repartieron canastillos de plata, llenos de dulces á todos los concurrentes, habiéndole costado el baile, á quien le tocó dar la posada de aquella noche, seis mil duros. Estas posadas, para que el lector sepa cómo se conciertan, están dispuestas de la manera siguiente: desde el día 1.º de Diciembre, busca el dueño de la casa, en que aquellas se van á celebrar, ocho amigos de confianza con quienes reparte las nueve noches, dándole á cada cual una, y quedándose él con otra; á lo que llaman *tomar una posada*. Combinado así el plan, convidan los nueve individuos á las familias de su aprecio. Estas fiestas empiezan el día 16 y acaban en la noche de Navidad.

paredes. Si los ricos reparten lujosos canastillos, la clase media agasaja con vistosos arcatraces llenos de exquisitas pastillas; la que sigue, con almendras y anises á que dan el nombre de colación; y la infima con cacahuates que distribuyen con abundancia: si nuestras elegantes jóvenes conducen en lujosas andas las bien hechas esculturas de los santos peregrinos, sobre los hombros de las hermosas de la clase media se ven otras graciosas, si no tan ricas, sosteniendo lindas imágenes de cera; mientras que la gente mas pobre, en vez de andas, lleva una tabla con santos de barro, al rededor de los cuales se descubren algunos cabos de velas de sebo con que alumbran la procesion.

—Es verdad.

Contestó Luisa distraida, viendo que su interlocutor habia acabado de hablar. Este, fijando luego la vista en el sitio en que el bastonero acababa de colocar un cuadrito con letras grandes, dijo.

—Está anunciada una contradanza: tiene vd. la bondad de bailarla conmigo?

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Pero dispense vd. si me alejo del lado de vd. por un momento: veo en la antesala á un amigo que me hace señas para que me llegue á él, y deseo saber lo que tiene que comunicarme.

—Está vd. dispensado.

—Soy con vd.; hasta luego.

Y el jóven se dirigió á la pieza contigua en que habia varias jóvenes tomando helados y pasteles.

Luisa, cuya inquietud y zozobra se aumentaban por instantes, volvió á clavar los ojos en la puerta por donde con frecuencia entraban nuevos personajes; pero en vano, porque no parecía el hombre que esperaba.

Nuevos pasos que oyó de alguno que venia por el corredor, llamaron su atención, y á poco apareció en la puerta Miguel.

Un vuelco dióle el corazón dentro del pecho á la infeliz.

—¡Vive!.....

Dijo interiormente llena de alegría. Pero luego, por uno de esos misterios inexplicables que existen en el corazón humano, vol-

vió á caer en nuevos temores y en una nueva melancolía.

—¿Qué viene á buscar aquí?....—se interrumpió Luisa.—¡Es una imprudencia!...

Y apartó los ojos de aquel hombre á quien amaba y á quien no quería ver.

Miguel se quedó en la puerta de la sala sin atreverse á penetrar en ella: sus ojos grandes, se veían amortiguados y sin brillo; el cabello cubierto de tierra en algunas partes, y la corbata en desórden y mal lazada.

Luisa volvió á mirarle, y al notar el desaliño en que iba, se estremeció en la silla.

Miguel, que no habia visto al llegar, que se encontraba tan cerca de él la mujer que idolatraba, porque cuidados importantes le habian llevado á aquella casa, registraba desde la puerta todo el salón, hasta que alarmado por no encontrar lo que sin duda buscaba, exclamó:

—¡No está!.... ¡Habrà caído en el lazo?...

Y sin poder moderar su impaciencia y su dolor, continuó recorriendo con la vista

el resto del salon, hasta que sus ojos fueron á fijarse en Luisa.

Apenas se atrevió Miguel á dar crédito á sus ojos, y se quedó extático, dudando de lo mismo que veia. A la vista de aquella mujer que ejercia sobre su corazon un poder inexplicable, se olvidó de cuanto le rodeaba, del objeto que le habia llevado á aquella casa y hasta de sí mismo.

Luisa, que habia alzado la vista entonces para contemplarle, al encontrarse con su mirada, apartó de repente los ojos de aquel hombre que era todo su amor, temiendo que su faz reflejara las afecciones íntimas de su alma.

Por fortuna de ella, la música empezó en aquel instante, y el jóven á quien habia prometido la contradanza, acercándose respetuoso á ella la sacó á bailar.

Miguel, cautivado por las gracias de aquel sér que absorvia todas sus potencias, la seguia desde la puerta devorándola con los ojos, sin reparar en nadie de los que en la sala estaban, y entre los cuales habia tal

vez uno que observaba hasta el mas leve de sus movimientos.

—¡Miguel!

Exclamó un hombre detras de él que le sacó de su éxtasis.

—¡Enrique!

Contestó Miguel abrazándole.

—¿Dónde has estado todo el dia?

—Encerrado.

—¿Has avisado á D. Antonio del peligro que le amenaza?

—No.

—¿Cómo!

—Me ha sido imposible.

—¿Por qué?

—He estado preso.

—¿Preso!

—Sin duda.

—¿Por qué causa?

—Porque Rossi lo habia dispuesto así.

—¿En la Acordada?

—No.

—¿Pues dónde?

—En una miserable casucha de indios.

—¿Y te ha dejado en libertad?

—No; he huido en compañía del indio que me custodiaba.

—Semejante generosidad en un agente de Rossi me sorprende.

—Es que ese agente me debía la vida.

—¿Será posible?

Cuando fui secretario del ministro, cayó prisionero, y le salvé de ser fusilado: así es que esta noche al entrar armado en mi cuarto para dejarme algo de comer, me reconoció y quiso pagarme el favor que me debía.

Pero ¿cómo caíste en poder de Rossi?

Miguel satisfizo á la pregunta de su amigo contándole todo lo que el lector conoce ya. Enrique conoció entonces que la esquila recibida por él, había sido escrita con el mismo intento, y resolvió no acudir al día siguiente al sitio que había señalado en su contestacion.

—¡El cielo nos favorece!—añadió Enrique volviendo á abrazar á su amigo:—Así podremos prestar un servicio á quien de otra manera hubiera salido desterrado.

—No abrigo yo esa confianza.

—¿Por qué?

—Porque no veo aquí á D. Antonio.

—Tal vez estará en su casa.

—Antes de resolverme á venir al baile, me he dirigido á ella, y no le encontré.

—¿Y crees tú....

—Creo que le ha sucedido alguna desgracia; creo que el mal está ya hecho, de lo contrario él no faltaría á estas posadas, y mucho menos á la de esta noche; por ser el diputado que la da, muy amigo suyo.

—Si lográsemos ver á Rossi?

—Entonces yo le obligaría á confesar lo que había sido de D. Antonio.

—Yo sé el café á que suele concurrir, y si quieres iré á ver si está en él.

—Perfectamente: nada omitamos de nuestra parte.

—Entretanto, tú quedas aquí por si viniere el joven médico.

—Muy bien.

—Adios.

Y Enrique abandonó el salon lleno de inquietud, en tanto que la concurrencia, entregada al placer, seguía bailando con el

entusiasmo que prestan á la juventud las ilusiones y el amor.

Miguel, arrastrado por una fuerza desconocida hácia la mujer que amaba, volvió á fijar los ojos en ella, no bien se alejó Enrique. Huyeron de su mente todos los pensamientos tristes que hasta entonces le habian dominado, para no ocuparse mas que de Luisa.

El mas ligero de los movimientos de aquel sér celestial, el crujir de sus vestidos, la melancólica sonrisa que vagaba por sus nacarados labios, la misma agitacion con que respiraba, tenian para él misterios y recuerdos sublimes.

Enbriagado de placer, trasportado á una region aérea, divinizada por su poética fantasía, y ocupado exclusivamente en contemplar al sér de celestiales formas por quien latia con violencia su corazón, no advirtió, como antes dijimos, que él tambien era objeto de la atencion de un hombre, que no apartaba de él la vista.

Este ombre era Fernando, que desde el otro extremo de la sala, y ardiendo en ira

y celos, miraba á su rival recreándose en contemplar las gracias de aquella mujer que le habia jurado mil veces amor.

Este pensamiento y la persuasion en que estaba de que Miguel era el autor de la carta escrita á Luisa, le exaltaron de tal manera, que cruzando con velocidad el espacio que le separaba de Miguel, le dijo en voz baja acercándose á él:

—Necesito hablar con vd. dos palabras.

—Las que vd. guste.

Contestó Miguel apartando con sentimiento la vista de su amada Luisa, y fijándola sorprendido en Fernando.

—Pero aquí no estamos bien, porque se observan.

—Pues salgamos de la sala.

Replicó Miguel, y ambos salieron al corredor. Entonces, Fernando, deteniéndose en un sitio por donde nadie pasaba, y sacando la carta de que hemos hecho mencion varias veces, le preguntó:

—¿Es de vd. esta carta?

Miguel fijó los ojos en el papel que le mostraba, y quedó extático. Al arrojar la

carta no pudo imaginar jamas que Luisa le vendiera; creyó, sí, que sus ruegos fueran tan estériles como habian sido hasta allí; pero de ninguna manera que pusiera en manos de su esposo el papel que, impulsado por un sentimiento irresistible de amor, se habia atrevido á escribirla. ¿Qué debia, pues, pensar al ver aquellos renglones en poder de Fernando...? Miguel pensó lo que menos debia pensar, esto es, que Luisa, convirtiendo el amor que un tiempo le habia jurado, en desprecio y aborrecimiento, habia entregado voluntariamente aquel papel al hombre á quien estaba unida y por el cual le olvidaba.

Esta idea desgarradora para todo el que como Miguel diviniza á la mujer que ama, llenó de amargura su corazon: desapareció del alma el encanto que presta la dulce creencia de ser amado; se desvanecieron las mágicas ilusiones que revisten de cierto indefinible hechizo aun la misma grata tristeza que sentimos al creernos amados sin poder ser correspondidos: vió huir de sus ojos la risueña perspectiva que en lontananza le

habia presentado hasta entonces su presentimiento de ventura; y abrumaba por el peso del desengaño que marchitaba las flores de su esperanza, y cansado de un vida sembrada para él de contratiempos, contestó con esa profunda amargura de un corazon que nada espera.

—Jamás acostumbro mentir: esa carta es mia.

—¿Y no sabe vd. que los pensamientos expresados con tinta á una mujer casada, reclaman del marido, si tiene honor, una firma de sangre?

—Lo hice con ese conocimiento.

Contestó Miguel con la mayor sangre fria.

—¿Luego insiste vd. en amarla?

—La amaré mientras viva.

—Pues yo necesito la vida de vd. para que no la ame.

Estoy pronto á dársela á vd. en la punta de una espada ó en la boca de una pistola.

—Ha comprendido vd. mi pensamiento.

—Es la segunda vez que lo comprendo, aunque en la primera ignoraba el motivo.



— Por eso fué vd. entonces mas afortunado.

— Es cierto; logré desahumar á vd. en el combate, é impedi que, al acercarse mis soldados, matasen á vd.

— Dios le inspiró á vd. aquel rasgo para que hoy muriera vd. á mis manos.

— Procuraré ahorrarle á vd. ese trabajo.

— Salgamos. Pasarémos por la casa de un amigo, y cogerémos espadas: en la calle tomaremos un coche de alquiler, y en menos de media hora uno de los dos habrá dejado de existir.

— Vamos donde vd. guste.

Y apoyándose uno en el brazo del otro, salieron de la casa, tomaron un coche en la plaza de Armas, y entraron en él como si fuesen dos íntimos amigos.

A pesar de haber sido tan pocas las palabras que en la sala cruzaron entre los dos antiguos rivales, Luisa sospechó lo que trataban; pero tuvo que disimular hasta que acabaran de bailar la contradanza. Terminada ésta, Luisa se sentó abatida, entregada á los mas funestos presentimientos: estaba

persuadida de que Fernando y Miguel habian salido á combatir, y que tal vez en aquel instante uno de los dos caia sin vida á los piés del otro maldiciendo su nombre.

¡Terrible situacion era la suya! ¡Quién es capaz de expresar lo que pasa en el corazon humano, en esa lucha de afecciones íntimas y encontradas, en que la voz del amor y la del deber hablan con fuerza igual en el alma de una jóven?...

Luisa se sentia morir, y sin embargo, tenia que mostrar á los que la obsequiaban, grata sonrisa en los labios cuando estaba desgarrado su corazon!....

Entretanto Miguel y Fernando caminaban silenciosos hacia el sitio en que debian medir sus armas.

Lo que pasó despues, lo podrá ver el lector en su lugar correspondiente.